

**“Ya los jóvenes son maestros pa’ la raya”:  
amapola, economía e identidad indígena en la Sierra de Nayarit**

Nathaniel Morris

(University College London)

### **Introducción**

La primera persona en traer amapola a la Sierra del Nayar fue un profesor. Cuentan los testigos del primero auge de la producción del opio allí que, al finales de los 1970 o inicios de los 1980, le asignaron su cargo de maestro en esas montañas del noreste del estado de Nayarit, patria del pueblo indígena cora (conocido en su propia lengua como *náayari*, colectivamente *náayarite*). El profesor venía de un cargo anterior en el municipio nayarita de Acaponeta, lo que colinda con los municipios sinaloenses de Rosario y Escuinapa. Desde esta zona trajo consigo algunas semillas de amapola.

Junto con la marihuana, la amapola había sido el producto de cosecha propia más importante en el pujante mercado del narcotráfico entre México y los Estados Unidos durante gran parte del siglo XX. Hasta tal punto que, para los finales de la 1970, dicha planta y su látex, la goma de opio –de donde se refina la heroína–, ya constituía en un cultivo comercial relativamente común en muchas zonas montañosas del oeste de México (Craig, 1978; Fernández Velázquez, Smith, 2022), incluso en Rosario (Smith, 2013: 133-35). Pero mientras que la marihuana probablemente fue ya conocido por algunos náayarite, la amapola aún constituyó un novedoso cultivo para la gran mayoría de ellos. Sin embargo, como el profesor prometía enormes recompensas a los que se atrevieran a participar en este nuevo negocio ilegal, la amapola pronto se comenzó a florecer literal y figurativamente en esta región física

y culturalmente apartada de Nayarit. Donde no obstante la prohibición oficial de la producción del opio esta industria ilícita fue protegido por otros representantes del Estado mexicano –incluyendo oficiales de la policía, del ejército y varios políticos regionales–, a cambio de una porción de las ganancias.<sup>1</sup>

Los profesores habían estado a la vanguardia de los esfuerzos por “modernizar” a los indígenas náayari y “desarrollar” su tierra natal durante el siglo XX. Habían fungido desde la década de 1920 como intermediarios entre los náayarite y las agencias del gobierno posrevolucionario que buscaban promover la explotación de “las incalculables riquezas naturales [de la Sierra]: maderas de todas clases, pastos de buena calidad para el ganado, tierras fértiles con el agua en abundancia... [y] minas inexploradas”, según las palabras del Jefe del Departamento de Educación Federal en Nayarit en 1924.<sup>2</sup> Así, cincuenta años más tarde, los sucesores de estos pioneros fácilmente se convirtieron en el puente entre los campesinos indígenas de la Sierra y el mundo del narcotráfico, encargándose de comprar la goma que los primeros producían para revenderla a los redes de tráfico regionales.

A diferencia de las otras industrias “modernas” –como la tala de madera, la minería o la cría de ganado de mayor escala– que habían llegado a la Sierra del Nayar en el curso del

---

<sup>1</sup> Esta es el mito fundacional de la llegada de la amapola en la Sierra del Nayar, lo que de acuerdo con el libro del etnólogo Philip Coyle (2001: 211) se ha narrado allí de forma semejante desde a lo menos 1988. Fue escuchada por el autor muchas veces en conversaciones informales en las comunidades de la región durante el periodo de su trabajo de campo (2008-2018), y le fue expuesto con más detalle durante dos entrevistas formales con testigos náayari en 2013 (cuyos nombres dejaré en anonimato a petición suya).

<sup>2</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública (AHSEP) (1924), Ramo 45, Caja 36301, Expediente 16, Gonzalo Mota al Departamento de Educación y Cultura Indígena, 24 de enero.

siglo XX, la producción de goma *ayudó*—en vez de desafiar— a la reproducción de la identidad étnica, política y cultural náayari. Los traficantes profesionales se encargaban de procesar el opio y convertirlo en heroína, mientras los náayarite seguían (y aún siguen) siendo campesinos en vez de técnicos de droga, sabiendo muy poco del amplio mundo del narcotráfico mexicano. Incluso hasta hoy muchos ‘gomereros’ náayari ni conocen del uso que se le daba al opio que producían: algunos me han contado que se convierte en cocaína, y no conozco nadie en la Sierra que lo haya probado consumir o el opio o la heroína con fines recreativos.<sup>3</sup> Lo que les importan es que con la producción del opio se puede complementar su sistema de agricultura tradicional de maíz, frijol y otros cultivos estacionales que se lleva a cabo durante la temporada de lluvias (entre mayo y octubre). Así, desde los años 80 el opio ha permitido a muchos náayarite quedarse en su territorio durante la temporada seca, en lugar de migrar para buscar trabajo asalariado en el mundo mestizo. Gracias en parte a la amapola, podían ganar una cantidad de dinero suficiente para seguir financiando y practicando “*el costumbre*” [sic]: un complejo cultural-religioso que abarca rituales y peregrinajes de grupos descendientes y comunitarios, festejos de iglesia y fe en el poder de los santos y dioses ancestrales, lo que define la identidad étnica del pueblo náayari y además regula la organización sociopolítica de sus comunidades.<sup>4</sup>

Ahora bien, es preciso decir que la llegada del opio a la Sierra del Nayar también presentó nuevos retos para los náayarite. La acción del Ejército mexicano, las fuerzas policiacas y los grupos criminales han amenazado el control que los náayari tienen sobre sus

---

<sup>3</sup> De acuerdo con las notas de campo del autor, tomado durante el periodo entre 2008-2018.

<sup>4</sup> Para más información sobre “el costumbre” náayari, véase los trabajos de Coyle (2001), Benítez (1971), Jáuregui (2004), Jáuregui and Neurath (2003), Preuss, 1998 [1912], y Valdovinos Alba (2005, 2009).

tierras, caminos y espacios comunitarios. Las ganancias del opio también impulsaron cambios culturales en su patria chica, provocando una nueva ola de migración mestiza hacia las comunidades náayari y brindando a muchos jóvenes la oportunidad de comprar armas y beber grandes cantidades de cerveza. Estos factores han exacerbado dinámicas violentas locales –todas arraigadas hasta cierto punto en el tumulto y violencia de la época posrevolucionaria y en los efectos disruptivos de los programas desarrollistas posteriores–, entre las que destacan el caciquismo, las riñas dentro y entre individuos, familias y hasta comunidades enteras, y las tensiones interétnicas entre los náayarite y los mestizos.

En las siguientes páginas, utilizaré una metodología etnohistórica para esbozar como las interacciones entre las políticas del Estado mexicano posrevolucionario, los esfuerzos de muchos náayarite para defender su autonomía política y cultural durante todo el siglo XX, y la creciente participación de estos últimos en el cultivo de amapola desde los años 80, han moldeado las identidades étnicas, políticas y económicas de los habitantes de la Sierra del Nayar hoy en día. Este análisis se basa en la información obtenida de los archivos federales y las hemerotecas de México; la recogida en el curso de mi propio trabajo de campo en la Sierra durante una década entre 2008-2018; y la extraída de ciertos textos etnográficos y historiográficos claves.

A partir de estas fuentes, primero mostraré como la llegada al poder local de caciques aliados con el gobierno revolucionario; la política indigenista, agrarista y colonizadora del Estado mexicano; y el crecimiento de la población regional mestiza que esas políticas llevó consigo, en su conjunto promovieron la división entre y adentro de las comunidades náayari entre las décadas de los 20 y 70. Luego, analizaré los efectos locales de la expansión del narcotráfico en la Sierra del Nayar y de las políticas contradictorias de las fuerzas estatales, que por un lado atacaba los gomeros náayari y por otro intentaba regular y gravar la

producción y tráfico de opio. Por último, este texto abordará la caída catastrófica en el precio de la goma cruda que asoló la mayoría de las regiones productoras claves de México en 2018, y como este ‘Crisis de la Amapola’ (Le Cour, Morris y Smith, 2019) ha impulsado una ronda más de reconfiguraciones productivas, adaptaciones estratégicas y cambios políticos, sociales y culturales entre los náayarite.

En resumen, el presente capítulo sostendrá que, en cierto sentido, la producción de opio ha facilitado la integración de la Sierra del Nayar y de sus habitantes indígenas a las dinámicas económicas, políticas y culturales que prevalecen en el México contemporáneo; a la vez que la misma presencia creciente del estado a lo largo del siglo XX ha sido el factor clave en producir la violencia e inseguridad que por muchos años ha golpeado a la región. Igualmente, el texto demostrará como las identidades étnicas, políticas y económicas de los náayarite se han visto influenciadas por su participación en un comercio transnacional millonario, como es el caso de la heroína. Lo que puede ayudarnos a entender mejor el carácter engañoso de la dicotomía entre lo “moderno” y lo “tradicional”, y la complejidad de las dialécticas entre la conciliación y la resistencia, o la incorporación y la autonomía, en las regiones indígenas más marginalizadas del país.

### **Historia, economía y *el costumbre* náayari**

El censo nacional de 2020 registró 33,226 hablantes de la lengua náayari (INEGI, 2020), casi todos distribuidos a lo largo de la Sierra del Nayar, una región constituido por unos 5,000 kilómetros cuadrados de montañas y barrancos en el noreste de Nayarit, colindantes con el estado de Durango al norte y Jalisco y Zacatecas al oriente. Políticamente, el territorio náayari incluye todo el municipio de El Nayar, más algunas partes colindantes de las municipalidades

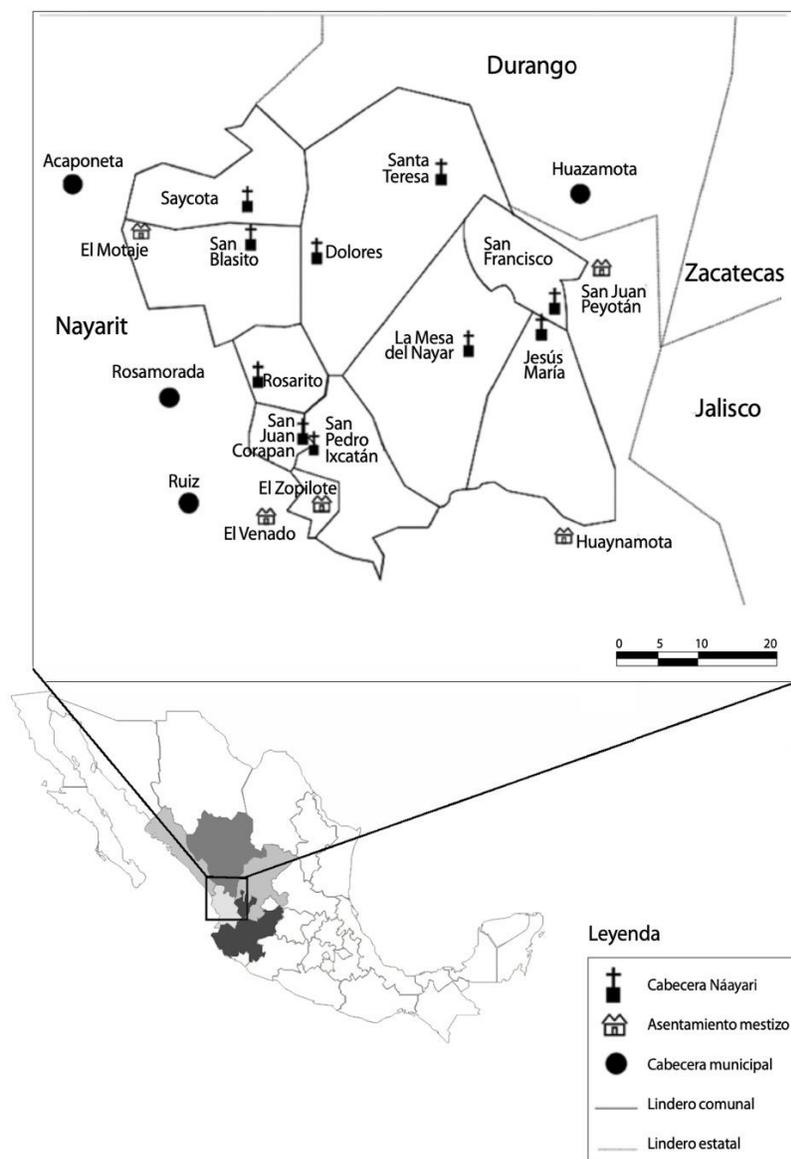
de Acaponeta, Ruiz y Rosamorada. En su conjunto, la Sierra del Nayar constituye casi veinte por ciento del área total de Nayarit. Es la más pobre y menos densamente poblada del estado, y siempre aparece en la lista de las diez áreas más marginalizadas de todo México (CONAPO, 2016).

Aunque son menos conocidos que sus famosos vecinos –y “parientes” lingüísticos y culturales– los wixáritari (o “huicholes”), los náayarite también se encuentran entre los pueblos originarios más distintos en términos culturales y políticos de todo México. Los náayarite han sabido combinar la resistencia, a veces violenta, con el aprovechamiento de influencias externas para defender su independencia política, cultural y territorial. El reino de sus antepasados fue el último estado indígena del territorio ahora mexicano en haber sido conquistado por los españoles, por lo que conservaron su independencia hasta 1722 (Gerhard, 1996: 147). Después de ser derrotados, los náayarite fueron reconcentrados en misiones jesuitas, las cuales eventualmente se transformaron en los centros ceremoniales (o *cabeceras*) de las comunidades náayari más importantes de la actualidad: Jesús María, San Francisco, La Mesa del Nayar, Santa Teresa, Dolores, San Juan Corapan, Rosarito y San Pedro Ixcatán (más Saycota y San Blasito, que habían establecido ya los misioneros Franciscanos) (Gómez, 1987: 138).

A través de su contacto con los misioneros, los náayarite empezaron a incorporar elementos de las prácticas ceremoniales católicas a la matriz de su religión prehispánica. Sin embargo, siguieron practicando los bailes rituales conocidos como *mitotes* y dejando ofrendas en lugares sagrados escondidos en los bosques y las barrancas (Coyle, 2001: 175-95). La participación náayari en la Guerra de Independencia (1810-1821) y la rebelión del líder Manuel Lozada (1853-1873), quien reivindicaba el dominio indígena sobre el territorio, forzó la repetida huida de los misioneros de la Sierra. Así, los náayarite disfrutaron de un

cierto grado de autonomía política, religiosa y cultural durante buena parte del siglo XIX; durante estos años, *el costumbre* y la política náayari siguió desarrollándose (Coyle, 2001; Lira Larios, 2020).

Mapa 1. La Sierra del Nayar



Fuente: elaboración propia

En cada uno de los ocho centros ceremoniales náayari evolucionó un sistema de cargos que constó de oficiales –las “autoridades tradicionales”– nombrados y aconsejados

por un cabildo de ancianos, quienes además de ser especialistas ceremoniales y titulares anteriores de los cargos más importantes, normalmente eran los patriarcas de los grupos de parentesco más extensos.<sup>5</sup> A su vez, todo este sistema era legitimado por un ciclo anual de mitotes y fiestas familiares y comunales.

Al inicio de la época lozadista, cada comunidad náayari ya operaba como una entidad autónoma con su propio gobierno, garantizado por Lozada quien siempre resaltaba el “derecho de absoluta independencia y soberanía” de los pueblos (Reina, 1988: 223). Después de la derrota y muerte de Lozada en 1873, la participación náayari en varios levantamientos regionales, así como la difícil comunicación y la ausencia de caminos en la región –que ya se había independizado de Jalisco formando parte del “Territorio Federal de Tepic”–, obstruyó la aplicación en la Sierra de las leyes de la reforma liberal. De esa manera, las comunidades náayari se mantuvieron cultural y políticamente autónomas del Estado mexicano durante el Porfiriato (1876-1911) y en posesión de un gran territorio (Meyer, 1990).

Durante la Revolución y en la época posrevolucionaria (1910-1940), los náayarite continuaron empleando una combinación de subversión, negociación, evasión y resistencia activa para defender sus tierras, su autonomía política y sus identidades comunales. En

---

<sup>5</sup> Entre los náayarite, las *autoridades tradicionales* se entienden como titulares de cargos comunitarios que habían evolucionado a través de la integración de formas de gobierno prehispánica con “elementos religiosos [y] políticos” introducidas por los Jesuitas y autoridades virreinales (Jáuregui, 2004: 34). Hoy en día siguen teniendo el papel de resolver los conflictos dentro de sus comunidades, llevar a cabo los “costumbres” comunales y (en conjunto con las autoridades agrarias establecidos después de la revolución) representar sus comunidades hacia el mundo exterior (Valdovinos Alba, 2009).

respuesta a las presiones del nuevo siglo, surgieron nuevas formas de liderazgo y caciquismo náayari. Además, sus poblaciones establecieron enlaces cada vez más fuertes con el gobierno federal a través de la reforma agraria, que paulatinamente les dio reconocimiento oficial como comunidades agrarias indígenas (Morris, 2020b: 218-228). Aun así, la mayoría de la población náayari siguió ganándose la vida mediante la agricultura, la caza y la recolección. Como sus antepasados, se beneficiaron de los diversos nichos ecológicos de la Sierra: ríos y riachuelos estacionales, con pescado y crustáceos, en cuyos bancos de arena siembran cultivos y árboles frutales; matorrales que se yerguen en las faldas de los barrancos que proveen tierra fértil; plantas salvajes comestibles y pastizales para ganadería; bosques de pinos para una leña que se usa como combustible y material para construir casas (Otis, 2003: 135-40).

Para superar los meses de escasez durante las temporadas secas, los náayarite dependieron de las reservas de calabaza, frijol y sobre todo del maíz que cultivan en la temporada de lluvias en pequeñas parcelas llamadas *coamiles*. Hasta hoy en día, estos últimos se limpian utilizando técnicas de tala y quema, principalmente con machete y *coas* (varas de excavar). Para aprovechar todos estos recursos, los náayarite no viven en aldeas compactas, sino esparcidas por las montañas en rancherías, habitadas por varias familias nucleares pertenecientes a un mismo grupo de parentesco, consistiendo en dos o más chozas de madera o adobe (Coyle, 2001: 32-3; Otis, 2003: 142). Tradicionalmente, los habitantes de las rancherías náayari solamente visitaban las cabeceras de las comunidades a las que pertenecían unas cuantas veces al año, para celebrar los mitotes, ceremonias, sacrificios, fiestas y asambleas políticas comunales que se llevan a cabo allí.

Hasta hoy, *el costumbre* contribuye a definir no solo la identidad étnica náayari y la composición de sus comunidades y grupos de parentesco, sino la política local, las

actividades económicas y las formas de ver, ser, pensar y comprender su entorno, en el que se incluye el resto de México. De acuerdo con *el costumbre*, el cultivo de maíz no es solo la actividad económica sobresaliente de cada familia náayari, pero también una actividad sagrada. De hecho, de acuerdo con la mitología, el primer hombre no estaba hecho de arcilla o polvo sino de masa de maíz. Cada comunidad y grupo de parentesco náayari siembra sus propias variedades especiales de maíz “ancestral”, heredada de generación en generación, para uso exclusivo en los *mitotes* y las fiestas de la iglesia.

Estas celebraciones aseguran, entre otras cosas, que los seres sobrenaturales que controlan el universo concedan a los participantes de la fiesta salud, protección, lluvias suficientes y cosechas exitosas. El uso ritual del maíz “familiar” y la iniciación de los niños durante los *mitotes* que coinciden con la cosecha, enfatizan la unidad de distintos grupos que en su conjunto conforman la comunidad, los lazos de parentesco familiares y las semejanzas entre los ciclos de vida de los humanos y del maíz (Coyle, 2001, 36-73; Preuss, 1998 [1912], 145-174; Valdovinos, 2005: 67-86). Los náayarite siguen considerando que el maíz es vida; sin embargo, gracias a los muchos cambios políticos y económicos que han afectado a los náayarite desde el estallido de la revolución mexicana, actualmente pocos de ellos pueden sobrevivir únicamente de su cultivo, como solían hacer antes.

### **Estado, dinero y la identidad náayari en el México posrevolucionario**

El Estado Mexicano que se erigió tras la victoria de la facción constitucionalista sobre sus rivales revolucionarios en 1917, consideró que la autonomía política y territorial de los pueblos y comunidades indígenas obstruía la construcción de una nación unida. Al inicio de la década de 1920, profesores, agrónomos, oficiales militares y otros funcionarios

“indigenistas” intentaron en todas las regiones del país “renovar las costumbres de los indígenas e incorporarlos a la civilización.”<sup>6</sup> En el caso de los náayarite, este proyecto suponía la sustitución de sus autoridades tradicionales con oficiales municipales y la educación de los niños náayari en escuelas de lengua española, que les darían “una educación industrial y agrícola de acuerdo con el medio en que vegetan.”<sup>7</sup> El proyecto de “forjar patria” en la Sierra del Nayar buscaba transformar, no solamente la cultura y política náayari, sino también la economía local, los patrones de asentamiento disperso y el paisaje de la Sierra en sí; por consiguiente, interfirió con las estrategias de subsistencia que los náayarite habían desarrollado en los siglos anteriores en respuesta a condiciones locales particulares.

Uno de los propósitos claves de estas nuevas escuelas era organizar el aprovechamiento de maderas, minerales, pastizales, fuentes de agua y otros recursos naturales de la Sierra de modo más “eficiente”, “moderno”, y en beneficio directo de la patria. Los oficiales de la Secretaría de Educación Pública (SEP) consideraron que dicha labor tendría que ser emprendida primero por colonos mestizos. Fue así como se promovió el asentamiento de rancheros de Nayarit y los estados circunvecinos de Sinaloa, Durango, Jalisco y Zacatecas en los territorios de la Sierra. Estos colonos eran vistos como más “avanzados” que los náayari, dado que estos últimos seguían ocupando en su mayoría una agricultura de subsistencia y autoconsumo.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Archivo AHSEP-45/C/36304/E/27 (1924), Salvador Hernández Loyola al Departamento de Educación Federal – Nayarit, 9 de junio.

<sup>7</sup> Archivo AHSEP-45/C/36301/E/16 (1925), Gonzalo Mota a Alfredo Uruchurtu, 12 de enero.

<sup>8</sup> Archivo AHSEP-84-85/C/38876/E/17 (1927), Florencio Orozco al Departamento de Educación Federal – Nayarit, 15 de junio; por un relato más detallado y completo sobre como

En la década de 1930, los conflictos religiosos en los estados colindantes, en conjunto con la expansión del programa agrarista corporativista hacia las comunidades náayari, dieron un nuevo empuje a la migración mestiza hacia la Sierra. El agrarismo “oficial” en Nayarit empezó cuando el senador Guillermo Flores Muñoz, respaldado por su amigo el presidente Abelardo L. Rodríguez, movilizó la Liga Agraria y lanzó comisiones de agitación en todo el estado. La aprobación en 1934 de la “Ley de Fraccionamiento de Latifundios en el Estado”, y la llegada de Lázaro Cárdenas a la presidencia en el mismo año, impulsaron más el agrarismo corporativista en Nayarit (Meyer, 1989: 243).

En los siguientes seis años –bajo la presidencia de Cárdenas–, Jean Meyer (1989: 243) reporta que se interpusieron 300 solicitudes en el estado para la dotación de ejidos o restitución de tierras. De estas fueron aprobadas 280, mucho más en comparación con las 135 solicitudes y las 39 aprobaciones ocurridas durante los diecisiete años anteriores. Sin embargo, con la destrucción del latifundio en Nayarit, algunos de los nuevos ejidos que colindaron con las comunidades náayari intentaron quitar tierras a los últimos para aumentar sus propias tenencias. De la misma manera, algunos colonos mestizos ya asentados dentro de las comunidades náayari se aprovecharon del apoyo gubernamental, solicitando la dotación oficial de tierras comunales que ellos habían invadido o que antes las autoridades náayari les rentaban (Morris, 2018: 33-9).

Varios caciques náayari “progresistas”, que habían llegado al poder como combatientes del gobierno federal durante la Revolución y las guerras cristeras, se aliaron con los colonos mestizos en busca de su propio beneficio económico y político. En 1953, los

---

se desplegó la colonización mestiza en la Sierra del Nayar y las regiones colindantes en esta época, véase Morris, 2020b.

comuneros náayari de San Pedro Ixcatán y San Juan Corapan denunciaron que sus “representantes de Bienes Comunales” habían firmado “contratos de explotación forestal de sus montes comunales sin que para ello hayan sido facultados en Asamblea General.”<sup>9</sup> Igualmente, después de recibir el reconocimiento oficial de su título en 1954, las mejores tierras de la pequeña comunidad de Saycota pasaron poco a poco a manos de “algunos mestizos de Acaponeta propietarios de ganado” (González Ramos, 1972: 77). Por otra parte, en San Pedro Ixcatán fue reportado en 1956 que “continuamente llega gente de Zacatecas y Durango a quienes [las autoridades agrarias] se les da posesión, según que a los indios se les va reduciendo en las tierras de las cuales son ellos los dueños.”<sup>10</sup> En 1960 el gobernador de la comunidad náayari más grande e importante, Jesús María, escribió al presidente de la República en nombre de “todos los indígenas del Municipio del Nayar”, pidiendo “su intervención para que nos den garantías y nos sean respetados nuestros derechos de posesión de tierras [...] ya que los mestizos nos están invadiendo apoderándose de nuestros mejores terrenos, queremos aclararle que cuando los mestizos lo han solicitado, les hemos dado tierra para que trabajen.”<sup>11</sup>

Un puñado de caciques náayari e influyentes colonos mestizos se beneficiaron significativamente de los proyectos económicos que promovió el Estado en la Sierra del Nayar, enriqueciéndose al criar ganado, vender tierras locales y malversar los subsidios

---

<sup>9</sup> Archivo General Agrario (1953), ramo dotación (D), 276.1/485, leg.1, CCA/RTBC, San Juan Corapan, Melgarejo Vivanco al Departamento Agrario, 18 de febrero.

<sup>10</sup> Archivo AGA-D/276.1/14/leg.1/Comunal/RTBC/San Pedro Ixcatán (1956), Banco de Crédito Ejidal de Tepic al Departamento de Asuntos Indígenas, 4 de julio.

<sup>11</sup> Archivo AGA-D/276.1/52/leg.12/Comunal/RTBC/Jesús María (1960), de la Cruz a Adolfo López Mateos, 12 de diciembre.

gubernamentales; en muchas comunidades náayari, su comportamiento causó conflictos frecuentes y a menudo violentos (Benítez, 1971: 320). Así, en 1967, el presidente municipal en Jesús María declaró al gobernador del estado que “su labor se ha concretado, no a la defensa de los indígenas, sino por hechos inconfesables a la extorsión y a la división entre los campesinos de diferentes comunidades indígenas [...] situación que ha originado trastornos y disgustos que han venido repercutiendo en menoscabo de la tranquilidad y armonía de dichas comunidades indígenas.”<sup>12</sup>

En un caso de 1972, por ejemplo, un poderoso mestizo tomó control de un tractor que el gobierno federal había donado a la comunidad náayari de Santa Teresa en colectivo, y en poco tiempo lo destruyó. Cuando las autoridades tradicionales náayari lo confrontaron a él, su respuesta fue embriagarse y andar por el pueblo vociferando: “estas autoridades no tienen derecho a juzgar delitos en esta comunidad” (Coyle, 2001: 202). Algo similar sucedió con una casa que se había construido con materiales modernos como parte de un programa de desarrollo gubernamental en la misma comunidad: “al hombre que se apropió de esta casa se le había acusado anteriormente de haber asesinado sistemáticamente a sus enemigos durante su cargo de jefe de policía del pueblo” (Coyle, 2001: 203).

El “desarrollo” de la Sierra trajo consigo grandes recompensas para los hombres fuertes de la región, pero también dio lugar a una creciente violencia y desintegración social. Además, mientras que los náayarite dependían cada vez más del acceso al dinero en efectivo para satisfacer sus necesidades, la gran mayoría permanecían extremadamente pobres. Los indígenas se esforzaron para comprar alimentos en las nuevas tiendas administradas por el

---

<sup>12</sup> Archivo AGA-D/276.1/52/leg.12/Comunal/RTBC/Jesús María (1967), Antonio Molina Contreras a Julián Gazcón Mercado, 10 de mayo.

gobierno –que buscaban compensar la pérdida del cultivo en pequeña escala y la reducción en fuentes de alimentos silvestres causada por la explotación forestal “moderna”–, así como seguir financiando las celebraciones religiosas, invertir en la ganadería, y abastecerse con transporte, combustible, medicina occidental, ropa industrial y techos de hormigón, entre muchas otras mercancías.

Para muchos náayarite, la única opción para ganar dinero y así participar en los frutos de la “modernidad” era migrar durante la estación seca: cada año trabajaban varios meses como peones en los campos de la agroindustria en la costa de Nayarit y en el sur del estado cercano de Sinaloa. En reducidas barracas, con poca ventilación e higiene, se albergaban familias enteras, trabajando largos turnos en el calor de la costa y gastando el poco dinero que ganaban en las tiendas de raya de las plantaciones tabacaleras y campos de jitomate, frijol, y frutos tropicales.

### **El cultivo de amapola en México y su llegada a la Sierra del Nayar**

Tal y como ocurrió con el cultivo de la coca en Colombia (Gootenberg y Dávalos, 2018) y los países andinos (Grisaffi, 2019), así como con la producción del opio de Afganistán (Bradford, 2019), la mayoría del cultivo de la amapola en México proviene de zonas rurales parcialmente integradas a los mercados nacionales, cuyos habitantes no han experimentado los beneficios del desarrollo económico a nivel local (Maldonado, 2010). Enfrentando una creciente presión de ganar dinero, pero viviendo en regiones como las de la Sierra Madre Occidental y la del Sur caracterizadas por suelos pobres, un acceso restringido al agua y una falta de infraestructura, las posibilidades de sacar ganancias de cultivos comerciales licitas son limitadas. Por otro lado, gracias a las políticas prohibicionistas, el opio –cuya planta se

produce fácilmente en terrenos montañosos y de difícil acceso—, ha alcanzado precios altos en los mercados internacionales. En consecuencia, ya sea en Bolivia, el sureste asiático o México, el “alto valor por unidad de peso y volumen de los productos del cultivo ilícito compensa con creces los costos del transporte” (Grisaffi, 2019: 133).

En México, los campesinos de Sinaloa fueron los pioneros en cultivar amapola, como respuesta a una crisis económica local que surgió en los años 20 después de que la Revolución había provocado la suspensión de la actividad minera, en la que muchos de ellos trabajaban a tiempo parcial para ganar dinero (Smith, 2013). Este fenómeno, aunado al estallido de la Segunda Guerra Mundial —que obstruyó el abastecimiento de la heroína asiática hacia los Estados Unidos y estimuló la demanda de opiáceos de origen mexicano —, provocó que cada vez más campesinos sinaloenses se dedicaron a la producción de la adormidera entre 1930 y 1950.

Fue así como el cultivo de la amapola se intensificó en las sierras de Sinaloa y a la vez extendió a las regiones circunvecinas de Durango y Chihuahua —que pronto se conocería como el “Triángulo Dorado”—, donde “se transformó en una industria estatal muy importante” (Smith, 2013: 133). A pesar del prohibicionismo oficial, muchas autoridades regionales y caciques locales apoyaron el cultivo de amapola, ya fuera para aprovechar las ganancias que les ofrecía o porque creían que los “altos salarios y el correspondiente poder adquisitivo” que el opio proporcionaba a los campesinos locales disuadían “a la mayoría de buscar una reforma agraria más trascendente” (Smith, 2013: 134; véase también a Astorga, 2001: 56).

En las décadas siguientes, una convergencia de factores locales e internacionales promovió la expansión hacia el sur del cultivo de la amapola. El constante aumento de la demanda internacional de heroína y, a nivel nacional, la inversión pública para la

construcción de nuevas infraestructuras y medios de comunicación, la disponibilidad de crédito agrícola y los precios garantizados para los productos locales, ayudaron a los campesinos a ganar más, no solamente con los cultivos comerciales sino también con los ilícitos, lo que impulsó la producción del opio y la marihuana (Maldonado, 2013: 48-9). En la década de los 1960, para surtir la creciente demanda en los Estados Unidos, varios traficantes del Triángulo Dorado empezaron a promover la intensificación de la producción (inicialmente de pequeña escala) de ambos cultivos en Jalisco, Michoacán y Guerrero (Kamstra, 1974; Teague, 2019: 77-8), y también al parecer en Nayarit.

Las referencias esparcidas al cultivo de la amapola en las regiones costeñas de Nayarit se remontan a los años 20 (Fernández Velázquez, Smith, 2022), y desde inicios de la década de los 70 se proliferan los reportes sobre la destrucción de grandes plantíos de marihuana en las mismas zonas.<sup>13</sup> En septiembre de 1971, además aparece unas notas periodísticas tempranas acerca de la presencia de plantaciones de marihuana en las montañas directamente al sur de la Sierra del Nayar, cerca de Huajimic, municipio de La Yesca.<sup>14</sup> También se hace implícito la presencia del cultivo de amapola en el estado por esas fechas, dado que en 1971 el gobierno federal declaró una nueva ‘intensa campaña’ contra el cultivo de amapola en

---

<sup>13</sup> Entre los primeros, se encuentran los siguientes notas periodísticas: Redacción Excelsior (1971). “3 Cultivadores de Mariguana, Presos en Nayarit”. *Excelsior*. 10 de junio; redacción El Nacional (1971), ‘Arrasan Plantios de Mariguana en Nayarit’. *El Nacional*. 18 de junio.

<sup>14</sup> Redacción El Nacional (1971). “Queman plantíos de mariguana en el estado de Nayarit.” *El Nacional*. 1 de septiembre; redacción La Prensa (1971), ‘Dos millones de matas de mariguana quemadas.’ *La Prensa*. 1 de septiembre. En esta zona, predomina los habitantes mestizos y wixáritari, pero es también una región conocida por algunos náayarite, por lo que es probable que uno que otro habían tenido contacto con este cultivo ilícito antes de que llegó en la Sierra del Nayar en si.

México, que se centrara en los estados de Sonora, Durango, Chihuahua, Jalisco, Michoacán, Guerrero, Zacatecas y –aunque sin especificar exactamente en cuales municipios–, en Nayarit.<sup>15</sup>

Ya para 1974, impulsado por la desarticulación en 1973 de la ‘Conexión Francesa’ que surtía con heroína asiática a los Estados Unidos a través de Europa, la producción de opio en México se encontraba en auge, a pesar de los esfuerzos prohibicionistas del Estado (como el llamado “Operación Canador” contra la siembra de cannabis y amapola en el Triangulo Dorado). Hasta el punto de que el jefe de la recién creada agencia estadounidense DEA (Administración para el Control de Drogas) declaró que, “por la menos el 50% de la heroína introducida actualmente en Estados Unidos es de origen mexicano.”<sup>16</sup> En respuesta a las presiones políticas y económicas del gobierno estadounidense, el Estado Mexicano aumentaba las campañas de erradicación, en 1977 lanzando una operativo conjunto entre el ejército y la policía federal, llamado “Cóndor”, en las sierras de Sinaloa, Durango y Chihuahua.

Según las propias indicaciones de la Secretaría de la Defensa Nacional, “debido a la constante y adecuada actuación de las tropas... los narcotraficantes han tenido que emigrar a otros lugares de la republica mexicana para llevar a cabo sus actividades ilícitas, extendiéndose así el narcotráfico a diferentes estados del país.”<sup>17</sup> Así fue que a finales de la

---

<sup>15</sup> Redacción El Nacional (1971), ‘Intensa Campaña en Todo el País Contra la Producción de Amapola.’ *El Nacional*. 21 de septiembre.

<sup>16</sup> Redacción El Diaro de Mexico (1974). ‘La Mitad de la Heroína Introducida en Estados Unidos, Llega de México.’ *El Diaro de Mexico*. 11 de junio.

<sup>17</sup> AGN, Secretaría de la Defensa Nacional (SDN), 07.01.00.00, caja 1, SEDENA, Enero 88, ‘memorias de la campaña contra el narcotráfico (dic. 82-Nov.87)’, publicado Enero 88

década de los 70, parece que la producción de opio llegó hasta la Sierra del Nayar: una zona que, a pesar de sus peculiaridades culturales, compartía muchas similitudes socioeconómicas y geográficas con los centros “gomereros” del Triángulo Dorado (Jaramillo, Yúñez y Serrano, 2015; Greenberg et al., 2012; McDonald, 2005).

Como mencioné al inicio de este capítulo, los testigos náayari de los inicios de la siembra de amapola en la Sierra dicen que fueron algunos profesores que primero los llevaron las semillas de amapola. La versión de esta historia grabada por el etnólogo Philip Coyle en 1988 precisa que algunos “maestros bilingües vinculados con organizaciones narcotraficantes de Acaponeta y Sinaloa promovieron los cultivos de narcóticos entre los hombres jóvenes durante las fiestas comunales” (Coyle, 2001: 211-12).<sup>18</sup> Estos profesores utilizaron su gran influencia social y política —el resultado de sus posiciones de larga duración como intermediarios del cambio cultural y político con el Estado mexicano— para fundamentar sus argumentos. Les explicaron a los náayarite que la resina que se extraía de esta planta era mucho más valiosa que cualquier otro cultivo comercial como la avena, la alfalfa o el durazno, con lo que algunos habían experimentado en el pasado gracias al subsidio de programas gubernamentales. Dado a la debilidad de las autoridades tradicionales náayari después de medio siglo de políticas estatales con el objeto de socavar su poder, las primeras no pudieron impedir que, en las palabras de un anciano náayari, “todos se volvieron buenos amigos y algunos [jóvenes náayarite] comenzaron a sembrar pequeñas parcelas de amapola.”<sup>19</sup>

---

<sup>18</sup> En el inglés original del autor: “bilingual teachers with links to narcotics organisations in Acaponeta and Sinaloa promoted these drug crops to young men at festivals.”

<sup>19</sup> Fragmento de una entrevista con un anciano náayari (cuyo nombre dejo anónimo a petición suya), realizada en la parte alta de la Sierra del Nayar.

Así, de la misma manera con la que sus antepasados se habían apropiado de herramientas, dioses y ganado provenientes del mundo hispano, algunos náayarite comenzaron a apropiarse de este nuevo cultivo desde el mundo del narcotráfico mexicano. Asimismo, la amapola presentó la ventaja de poder adaptarse fácilmente a los antiguos usos locales. Los náayarite la sembraban de manera bastante similar a cómo cultivaban el maíz, es decir, en pequeñas parcelas esculpidas en los bosques locales –que también las escondían de las miradas fisgonas–. Vendían la goma de opio a los profesores que desde muchos años les habían servido de intermediarios con el mundo de los políticos y los empresarios, quienes ahora comercializaban el producto en las redes del narcotráfico regionales. A su vez, estos traficantes se encargaban de procesar el opio en heroína, mientras que los náayarite produjeron nada más que la materia prima y así siguieron siendo, sobre todo, especialistas en la agricultura de temporada (Le Cour, Morris y Smith, 2019).<sup>20</sup>

### **La amapola, el Estado y los nuevos desafíos a la autonomía náayari**

La producción de opio se intensificó de forma bastante rápida en la Sierra del Nayar durante la primera mitad de los 80, porque ayudaba a los náayarite a defender su preciada autonomía política, económica y territorial. La difusión de este cultivo en la Sierra presenta paralelismos con la difusión en los altos de Asia suroriental de cultivos americanos, como el maíz, la yuca y la papa, cuyas características ecológicas y nutricionales ayudaron a campesinos montañoses

---

<sup>20</sup> La falta de conocimiento sobre el negocio de la heroína quedó demostrada cuando un conocido náayari me explicó que la bolsita de goma de opio que me mostraba se iba a convertir en cocaína.

de espíritu independiente a evitar el dominio de los élites feudales asentados en los llanos, donde predominaba el cultivo del arroz (Scott, 2009). Para muchos individuos náayari, cultivar la amapola representó una valiosa oportunidad de ganar dinero en efectivo, sin la necesidad de dejar el cultivo estacional del maíz tan central para su identidad, ni abandonar sus hogares durante los meses secos para enfrentar las arduas condiciones y bajos salarios de la costa.

Sin embargo, el opio resultó ser un arma de doble filo para los náayarite. Las ganancias del nuevo cultivo les ayudaron a seguir viviendo en la Sierra como pequeños agricultores y poder financiar y participar, a lo largo del año, en los numerosos ritos que constituyen *el costumbre*. Pero al mismo tiempo su papel en esta actividad ilícita motivó ataques ocasionales por parte de grupos de traficantes armados. Además, a pesar de que hasta el día de hoy diversas representantes del gobierno (desde profesores hasta policías y políticos) han promovido y protegido la producción local de amapola,<sup>21</sup> el auge en este cultivo ilícito también provocó nuevas intervenciones de “mano dura” del Estado mexicano en las comunidades náayari.

Cabe mencionar que este fenómeno no es exclusivo de México. En todo el mundo, muchos gobiernos centrales han percibido ciertos cultivos como amenazas a su autoridad. En el sureste asiático del siglo XIX, por ejemplo, “los cultivos de subsistencia de fácil acceso y que ahorran mano de obra [constituían] una amenaza para la creación del estado” (Scott,

---

<sup>21</sup> El caso reciente y bien conocido de Edgar Veytia, el Fiscal del Estado entre 2013-2017, representa un caso emblemático de la participación de oficiales del gobierno –incluso de los mandos más altos–, en el tráfico de drogas en Nayarit (Patricia Dávila, “Cae en San Diego California fiscal de Nayarit, Édgar Veytia, vinculado al narco.” *Proceso* (2017). 29 de marzo.).

2009: 206), así que los gobiernos promovieron el cultivo de arroz en las regiones llaneras. En la misma época, los oficiales poscoloniales en varias naciones latinoamericanas, “cuya tarea era llevar a la población al trabajo asalariado o a las plantaciones, lamentaron la existencia de cultivos que permitían al campesinado libre mantener su autonomía” (Scott, 2009: 206). Desde inicios del siglo XX, en las Américas este tipo de cultivos fue incluyendo drogas ilícitas, cuya ilegalización dio un pretexto a muchos gobiernos para que cruzadas militarizadas antinarcóticas trataran de resquebrajar el autogobierno del campesinado y los pueblos indígenas, como en Colombia (Brittain y Petras, 2010), Bolivia (Grisaffi, 2019) y México (Gledhill, 2019). En este último país, las dependencias coercitivas del Estado usaron la “guerra contra las drogas” no solo para aplastar movimientos políticos subversivos y guerrilleros (Maldonado, 2013), sino también para tratar de imponer orden sobre las regiones definidas por Alan Knight (1986: 115-7) como *serranas* (Morris, 2020a), de una manera que remonta a las prácticas centralizadoras del Estado porfirista (Knight, 1986: 308).

Fue así que, el 28 de septiembre de 1983, el ejército mexicano lanzó la llamada ‘Operación Tigre’ en la Sierra del Nayar y las partes circunvecinas de las montañas de Durango, habitado por otros pueblos originarios de espíritu independiente, los O’dam (“Tepehuanos”) y los Mexicaneros. Esta campaña en contra de los cultivos ilícitos locales – y por ende la autonomía económica de las comunidades indígenas de la Sierra–, era de ‘carácter permanente’ y contaba con la participación de batallones de infantería de Tepic y Acaponeta.<sup>22</sup> Meses más tarde, la comandancia de la 13ª Zona Militar (que corresponde al estado de Nayarit) ‘organizó [otro] dispositivo permanente, para intensificar la campaña

---

<sup>22</sup> AGN, Secretaría de la Defensa Nacional (SDN), 07.01.00.00, caja 1, ‘Memorias de la campaña contra el narcotráfico (dic. 82 – nov. 87).’ (SEDENA, enero de 1988)

contra la siembra, cultivo y tráfico de enervantes... en las áreas de mayor incidencia en la siembra y cultivo de enervantes' del estado, que otra vez abarcaron a la Sierra del Nayar.<sup>23</sup> Aunque por muchas razones los estadísticos oficiales del ejército mexicano nunca han sido muy confiables (Frissard, 2021), y a pesar de que los informes sobre las campañas antinarcóticos llevados a cabo en la 13ª Zona no cuentan con detalles al nivel municipal, a lo menos las cifras oficiales nos da una idea de la escala del cultivo de amapola en Nayarit en este periodo.

Por ejemplo, en 1984 por mano de obra militar dizque se destruyó 92 plantíos de amapola, con una extensión de 127,835 metros cuadrados; se fumigaron (en conjunto con personal de la Procuraduría General de la República (PGR)) unos 1,044 plantíos de amapola, con una extensión de 839,430 metros cuadrados; se consignaron a 53 presuntos narcotraficantes; aunque solo se incautó a menos que medio kilogramo de goma de opio.<sup>24</sup> En 1985, entre fumigación y erradicación manual el ejército y las fuerzas del PGR destruyeron más todavía: unos 733 plantíos de amapola con una área de 1,280,953 metros cuadrados, además que confiscar 8,350 kilos de semilla de amapola, detener a 55 civiles, y incautar 141 armas. Aunque esta vez confiscaron apenas 260 gramos de opio.<sup>25</sup> Lo que tal vez refleja la tendencia de algunos elementos oficiales de apoderarse de este valioso producto

---

<sup>23</sup> AGN, SDN, 07.01.04.00, caja 1, 'Actividades desarrolladas durante 1984: 13/a zona militar, estado de Nayarit.'

<sup>24</sup> AGN, SDN, 07.01.04.00, caja 1, 'Actividades desarrolladas durante 1984: 13/a zona militar, estado de Nayarit.'

<sup>25</sup> AGN, SDN, 07.01.04.00, caja 4, 'Actividades desarrolladas durante 1985: 13/a zona militar, estado de Nayarit.'

cuando se les encontraba, para luego revenderlo ellos mismos a sus propios contactos dentro de las redes de narcotráfico regionales.

Los altos mandos del ejército alardearon de la ‘acción social’ que estas campañas supuestamente traían en beneficio de la “población civil de escasos recursos económicos” de las zonas productoras de opio, “proporcionándose en forma gratuita: consultas médicas, medicinas, aplicación de diferentes vacunas e intervenciones quirúrgicas menores”.<sup>26</sup> Igualmente afirmaron que los soldados emplearon tácticas suaves para

“evitar que los habitantes de áreas montañosas sean persuadidos o presionados, para involucrarse en la siembra y cultivo de amapola o marihuana. Algunos de estos compatriotas no comprenden el idioma español y utilizamos sus propios dialectos, para convencerles de lo nefasto de estas actividades de las graves consecuencias que para ellos tiene involucrarse y de las ventajas de su operación con nosotros”.<sup>27</sup>

Pero de acuerdo con el testimonio de Philip Coyle, quién llevó a cabo su trabajo de campo en la Sierra del Nayar en este periodo, la realidad es que “en vez de simplemente destruir los plantíos de marihuana y amapola, los soldados aerotransportados se veían como implicados en una guerra de guerrillas, y empezaron de aterrorizar a los personas náayari... en el marco de su búsqueda de cultivadores de drogas” (Coyle, 2001: 212-13).<sup>28</sup> Los soldados mataron, torturaron y golpearon con impunidad, especialmente después de que, en

---

<sup>26</sup> AGN, Secretaría de la Defensa Nacional (SDN), 07.01.00.00, caja 1, ‘Memorias de la campaña contra el narcotráfico (dic. 82-Nov.87)’. (SEDENA, enero de 1988).

<sup>27</sup> AGN, Secretaría de la Defensa Nacional (SDN), 07.01.00.00, caja 1, ‘Informe de labores 1986-1987’. (SEDENA, septiembre de 1987)

<sup>28</sup> En el inglés original, “rather than simply destroying marijuana and opium fields, these airborne soldiers saw themselves as engaged in a guerrilla war, and so they began to terrorise Nayari people... as part of their search for drug growers.”

septiembre de 1987, el 86° batallón de infantería formalmente ocupó la comunidad náayari de Santa Teresa, donde ‘los soldados siguieron activamente su guerra de guerrillas’ en contra de los habitantes náayari (Coyle, 2001: 215).

La llegada de los soldados y policías a las tierras náayari amenazó la principal fuente de dinero para las familias de la región, su integridad como unidades socioeconómicas y políticas, además de minar la cohesión de sus comunidades y su capacidad para el autogobierno –ya de por sí debilitadas por el caciquismo violento y egoísta que éstas habían padecido durante muchos años–. Por ejemplo, esta intrusión se hace patente en algunas fiestas religiosas, en las cuales los participantes se disfrazan burlescamente de soldados, policías o figuras importantes de los mundos de la política o del narcotráfico. De una forma carnavalesca, esta referencia a poderosos actores externos busca señalar para mejor subvertir el dominio de los actores estatales. A su vez, este tipo de ritos reafirma el poder de las identidades y prácticas locales en un contexto de militarización de las políticas antinarcóticas.

Para protegerse a sí mismos, a sus familias y sus cultivos, algunos náayarite recurrieron al uso de armas como rifles de caza, escopetas, o incluso fusiles automáticos, que compraron a funcionarios corruptos o a traficantes. Varios de ellos fueron asesinados durante los enfrentamientos resultantes, mientras que otros tantos fueron arrestados y enviados a prisiones federales en Tepic, Guadalajara e Islas Marías. Algunos de estos últimos entraron en contacto con miembros de los cárteles regionales de la droga. A su vez, estos hombres –principalmente mestizos de Sinaloa, Jalisco y Nayarit– vinieron más tarde a la Sierra a visitar a sus antiguos compañeros de celda y ayudar a algunos de ellos a expandir sus operaciones de cultivo de amapola o a convertirse en “acaparadores”, responsables de comprar opio al por mayor y venderlo a los traficantes.

A pesar de los riesgos cada vez mayores de encarcelamiento e incluso de muerte que enfrentaban quienes participaban en la producción del opio, la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994 impulsó más que nunca a los náayarite a depender de esta actividad ilícita para sus ingresos. En efecto, el TLCAN provocó la reducción de los subsidios estatales para las comunidades indígenas y campesinas, así como la llegada a los mercados locales de maíz importado de los Estados Unidos, junto con el menoscabo de los derechos otorgados a los indígenas sobre sus tierras que les habían sido conferidos con la Constitución de 1917 (Greenberg et al., 2012). En conjunto, estos factores condujeron a la desintegración de las economías agrarias, dejando a la adormidera como uno de los pocos cultivos comerciales que todavía daba algo de ganancias a los campesinos de la Sierra del Nayar.

### **Las relaciones contradictorias entre el opio y la identidad náayari**

Hoy en día, la producción de amapola ha llegado a representar en ciertas comunidades un aspecto importante de las identidades étnicas de los jóvenes náayari: una especie de “cultivo amapola, luego soy náayari”. En las palabras de un anciano que me contó la historia de cómo llegó la amapola a la Sierra del Nayar por primera vez: “Ya los jóvenes son maestros pa’ la raya”. Hombres y mujeres han incorporado por igual el motivo de la amapola en los diseños de su traje “tradicional”, bordando dibujos de la planta y su flor –muy linda en sí– en sus morales de vivos colores y en los ribetes de sus faldas. Por otra parte, la venta de amapola ha permitido a los náayari resistir las presiones migratorias que enfrentan los campesinos indígenas en la mayoría del México rural, y poder financiar las ceremonias en las que se centra su vida comunitaria, religiosa y política. Del mismo modo, ayuda a muchos jóvenes a

acomodarse frente a las imposiciones culturales que emanan de las corrientes predominantes de la sociedad mexicana.

En sus actividades cotidianas, los cultivadores de amapola náayari utilizan radios para comunicarse y alertarse entre ellos en caso de movimientos o actividades por parte de las fuerzas estatales que buscan destruir sus plantíos, o los grupos criminales que a veces persiguen a los náayari en sus pugnas por controlar las rutas regionales del tráfico de droga. Los productores se comunican solo en lengua náayari para que sus mensajes sean incomprensibles para los intrusos. Otros habitantes, en especial las mujeres, afirman selectivamente no saber hablar español para evitar los interrogatorios de los soldados, los policías u otra gente armada. Estas estrategias ayudan paradójicamente a fortalecer el uso cotidiano de la lengua náayari en una variedad de espacios, tanto públicos como privados.

De igual manera, los ritos agrícolas en los que siempre han participado los náayarite para pedir a los dioses y sus ancestros dotarles de lluvias suficientes, protegerles del granizo y las plagas, y proporcionarles buenas cosechas de maíz, ahora son más importantes que nunca en la medida en que también sirven para solicitar favores divinos que beneficien el cultivo exitoso de la amapola, es decir, que frenen la intervención de soldados, policías, criminales o ladrones de goma de opio. El cultivo de opio también ha permitido a los náayarite disfrutar por primera vez de las ganancias de la globalización, sin tener que dejar su cultura como pueblo indígena. Por ende, en un giro irónico del destino, la guerra contra las drogas junto con los programas de desarrollo —cada uno de que constituye de cierto modo una “guerra contra la identidad indígena”—, ha convertido a campesinos indígenas en productores de droga más eficientes, y ha transformado la identidad náayari en un poderoso mecanismo de defensa frente a las violencias física y cultural cometidas por ambos el Estado y los grupos delictivos.

Sin embargo, la siembra de amapola también ha impulsado cambios sociales, culturales y políticos importantes en la Sierra. Por ejemplo, el riesgo constante de pérdidas a causa de la represión, de las condiciones climáticas o de plagas de insectos, ha obligado a muchos náayarite a intentar salvaguardar sus ganancias invirtiendo en infraestructura de riego a pequeña escala, así como en fertilizantes y pesticidas comerciales. Debido a la funcionalidad de instalar sistemas de riego por gravedad, se hizo cada vez más necesario cultivar la amapola cerca de los arroyos que se encuentran en las partes más remotas de cada comunidad náayari, y que a menudo marcan los límites entre las comunidades. Por consiguiente, el riego de los cultivos de amapola ha provocado conflictos territoriales entre localidades, que a veces han resultado en enfrentamientos violentos que rememoran los desencuentros del periodo posrevolucionario.

La producción de opio ha exacerbado dinámicas conflictivas al interior de las comunidades náayari. Según el testimonio de un anciano que entrevisté yo en Santa Teresa, en los años de 1980,

los aviones comenzaron a llegar, ¡un montón de aviones! Uno de los pilotos era un tipo alto y fornido que tenía un *cuerno de chivo* [AK-47]. En ese entonces nadie había visto uno nunca, todo lo que conocían eran los rifles .22, entonces todos lo rodearon para admirarlo. Él aterrizaba con su avión aquí y sacaba una caja de 24 cervezas para todos sus amigos de aquí, y todos tomaban, todos nosotros la pasábamos bien...”

Sin embargo, hoy en día es precisamente las armas y las cervezas que están implicados en procesos de desintegración social en la Sierra. Los tenderos –la mayoría de ellos mestizos– que ahora dominan el comercio en la Sierra, han seguido importando

cantidades cada vez mayores de alcohol de origen industrial para tratar de aprovechar la monetización creciente de la economía local y la presencia de jóvenes náayari con dinero. Como resultado, los problemas sociales relacionados al alcoholismo y la violencia doméstica han incrementado vertiginosamente. También han aumentado las riñas letales entre unos jóvenes cada vez más armados, cuyas familias han vivido disputas mutuas de manera constante desde la Revolución, las guerras cristeras y el reparto agrario. En turno, estas riñas han servido como pretexto por más intervenciones violentas de las fuerzas estatales, dando lugar a “un nuevo ciclo de intimidación policial que se repitió a un nivel aún más brutal. La policía judicial federal, notoriamente corrupta y despiadada, inició intensos patrullajes en Santa Teresa” en los años 90, por ejemplo, donde detuvieron varias personas por cultivar amapola, tomaron otros prisioneros para poder cobrar rescate a sus familiares, y “torturaron y robaron a muchas otras” (Coyle, 2001: 219-20).

Así, la crisis de violencia y atomización que había empezado en la Sierra en la época posrevolucionaria solo se ha profundizado en las últimas décadas, en el marco de la guerra contra las drogas. Un buen indicador de esta crisis radica en la tasa local de homicidios, siempre superior a la media nacional. En el municipio de El Nayar, por ejemplo, donde se encuentra la mayor parte de la población náayari, se registraron 30 homicidios en 2010, 34 en 2011 y 32 en 2012, por una tasa que se aproxima a los 100 homicidios por cada 100,000 habitantes –aun cuando muchos asesinatos cometidos en la Sierra nunca se registran en las estadísticas oficiales. Esta tasa disminuyó en los años siguientes hasta 2017, cuando en todo el estado de Nayarit se desató otra vez una ola de violencia (INEGI, 2017-18). Ese año hubo 36 homicidios en El Nayar, destacándose entre las víctimas Felipe Altamirano Carrillo,

conocido en la Sierra como el primer náayari ordenado sacerdote.<sup>29</sup> El Nayar pasó a ser el segundo municipio con más riesgo de homicidio en la entidad y el tercero por el número total de asesinatos a pesar de su población reducida (MUCD, 2018). Las víctimas incluyeron el jefe de la policía municipal, asesinado en 2018.<sup>30</sup>

En la medida en que el uso cada vez mayor de fertilizantes y pesticidas consume gradualmente las ganancias locales, muchos náayarite se ven obligados a sacar más rendimiento de sus cultivos, sembrar parcelas más grandes y protegerse de los ladrones, que pueden meterse a extraer la goma de opio en la noche. Así pasan más y más tiempo con sus cultivos escondidos en la Sierra. Esta permanencia lejos de las rancherías familiares dificulta el cultivo simultáneo del maíz, que es crucial tanto para la vida ritual –y por ende la vida social y política– como para sus estrategias de subsistencia. Así, paulatinamente, algunos náayari se han convertido no solo en cultivadores sino también comerciantes de opio, en lugar de campesinos.

Mientras tanto, hay otros que siguen practicando *el costumbre*, pero que recurren al consumo de drogas, como la metanfetamina –conocida como “cristal” y comercializada en la Sierra por los mismos traficantes que compran el opio–, para poder hacer frente a los arduos trabajos físicos y a las noches de vigilia que demandan las fiestas tradicionales más importantes. En particular, durante la Semana Santa –en la cual los hombres jóvenes deben correr, bailar y llevar a cabo peleas rituales durante tres días y tres noches consecutivos– es

---

<sup>29</sup> Redacción Notinay (2017). “Asesinan a sacerdote indígena en El Nayar”. *Notinay*, 30 de marzo.

<sup>30</sup> Redacción El Sol de Nayarit (2018). “Autoridades confirman asesinato de director de la Policía de El Nayar y revelan detalles del crimen.” *El Sol de Nayarit*, 11 de julio.

común el consumo de cristal y el exceso de alcohol.<sup>31</sup> En medio de estos eventos, los brotes de violencia que surgen entre los jóvenes degradan el sentido original de los rituales, que buscan unir la comunidad, reforzar la autoridad de los ancianos, transmitir los conocimientos de los últimos a las nuevas generaciones y pedir de los ancestros su ayuda para salvaguardar el mundo náayari y a su gente (Coyle, 2001).

Hoy en día, muchos ancianos náayari lamentan los cambios que han visto en la Sierra, relacionados tanto con la expansión de las instituciones estatales que representan la cultura mestiza dominante como la producción de opio. “Antes, la gente aquí no sabía de amapola, ni siquiera de marihuana. Y yo creo que esto nos ha perjudicado. Ahora los jóvenes, los niños, no quieren ganar cien pesos, ¡quieren cien mil pesos!”<sup>32</sup> Creen que ya sus nietos se han puesto flojos, agresivos y codiciosos, valores que asocian, de acuerdo con la cosmovisión náayari tradicional, con los mestizos.

### **La crisis del opio en la Sierra del Nayar**

Si la economía de la Sierra se ha monetizado y mercantilizado en las últimas dos décadas, este proceso se dio a partir de la expansión del nuevo modo —esencialmente comercial y capitalista— de producción agrícola derivado del cultivo de la amapola. Entre 2000 y 2020, el municipio de El Nayar —como centro político del mundo náayari— ha sido el lugar donde las fuerzas estatales han destruido más plantíos de amapola que en cualquier otro municipio de

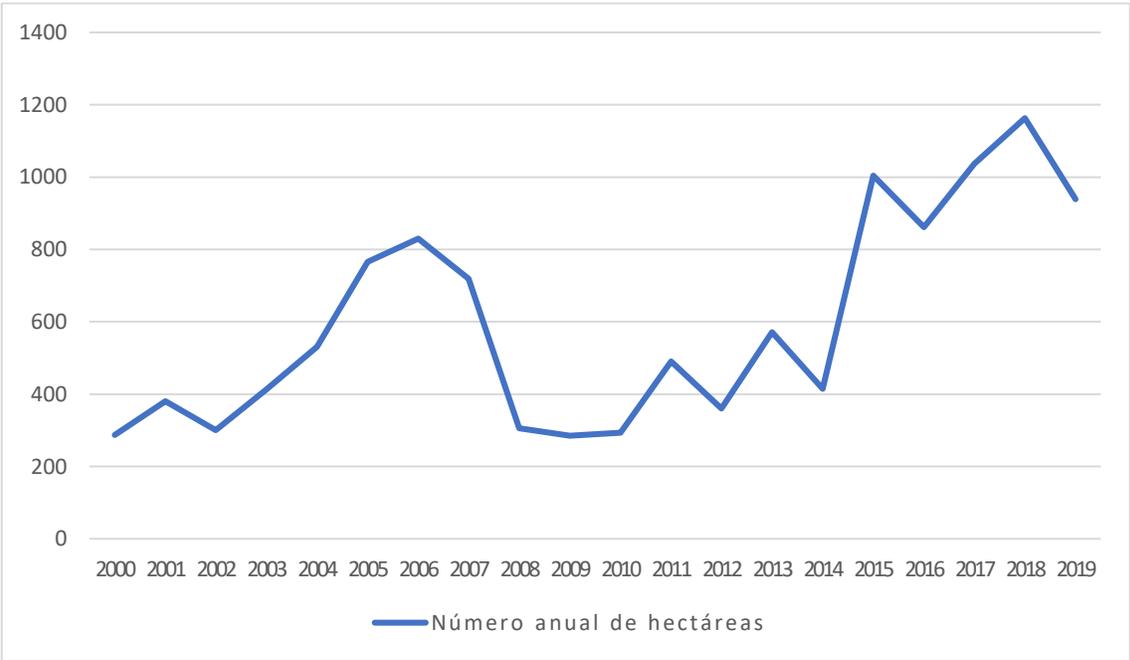
---

<sup>31</sup> Durante su trabajo del campo, el autor cumplió un cargo de cinco años consecutivos como participante en la Semana Santa en la parte alta de la Sierra del Nayar.

<sup>32</sup> Entrevista con anciano náayari anónimo, Sierra de Nayar

Nayarit. La gráfica 1 muestra el número de hectáreas destruidas cada año, lo cual implicaría que en los últimos veinte años El Nayar ha sido uno de los municipios con mayor cultivo de amapola y de producción de opio en todo el país, con un récord de erradicación en 2018. Según estos datos, las fuerzas de seguridad estatales destruyeron 2735 metros cuadrados de amapola por cada habitante del municipio, o sea, un espacio equivalente a la tercera parte de una cancha de fútbol para cada hombre, mujer y niño en El Nayar.

Gráfica 1. Hectáreas de amapola oficialmente destruidas en El Nayar (2000-2019)



Fuente: Elaboración propia con datos de Frissard (2021).

Los datos obtenidos del trabajo de campo indican que, a finales de 2013, el precio promedio de la goma de opio que se pagaba a los campesinos en El Nayar era de 15,000 pesos por kilo. Este precio se mantuvo estable hasta finales de 2014. En este periodo, una sola planta de amapola podía producir, según reportes, entre 4 y 5 gramos de opio en bruto.

Unas 10 plantas podían sembrarse por cada metro cuadrado. Considerando que una hectárea podía darle al productor promedio náayari entre 4 y 5 kilos de opio cada temporada –si el cultivo no se veía afectado por redadas militares, granizo, heladas, plagas o insectos–, podía esperarse una ganancia bruta de entre 60,000 y 75,000 pesos cada seis meses. Aunque por supuesto, una parte substancial de estas ganancias se agota en los costos, entre otros, del fertilizante, el riego, la mano de obra, los altos sobornos cobrados por militares y oficiales de policía, y en el pago del interés –muchas veces desorbitante– de las deudas acumuladas antes de la cosecha (Le Cour, Morris y Smith, 2019).

Entre 2014 y 2017, los gomeros náayari que evitaban el arresto, el asesinato, las consecuencias nocivas del alcoholismo y los otros peligros de vivir en la Sierra, se beneficiaron del crecimiento sostenido del precio del opio en bruto por el aumento de la demanda de heroína en Estados Unidos. Para inicios de 2017, el precio local del opio había alcanzado un récord al venderse entre 18,000 y 20,000 pesos por kilo. Es decir, una hectárea de amapola cosechada dos veces al año, durante la temporada de secas y la de lluvias, en teoría podía dejar a una familia náayari ganancias brutas de hasta 200,000 pesos anuales (o sea, casi el doble del ingreso promedio mexicano anual de 117,045 pesos en 2017).<sup>33</sup> En este caso, según mis cálculos, la producción de goma de opio durante este efímera “época dorada” podría haber representado más de mil millones de pesos –o unos 50 millones de dólares– para la economía municipal de El Nayar en 2017.<sup>34</sup>

---

<sup>33</sup> Datos *Expansión* (s.f). <https://datosmacro.expansion.com/mercado-laboral/salario-medio/mexico?anio=2017>

<sup>34</sup> Estimando de manera conservadora la cosecha real de opio como equivalente a una superficie cinco veces mayor al número de hectáreas reportadas como erradicadas en este año.

A pesar de estos montos, los altos (y siempre crecientes) costos de lograr una cosecha exitosa de opio, evitar la encarcelación (o algo peor) mediante pagos a las autoridades y sicarios, y financiar los compromisos rituales de *el costumbre*, hacen que la gran mayoría de los gomeros náayari siguen siendo pobres, mientras que el municipio de El Nayar permanece como uno de los más marginados de todo México. Las cifras más recientes (de 2015) indican que el 91% de la población del municipio vive oficialmente en pobreza y que el 61% lo hace en condiciones de pobreza extrema; 60% de los hogares carece de acceso a la electricidad, 51% de agua corriente, y 29% tiene piso de tierra (CONAPO, 2016). Además, menos del 1% del total de viviendas tenía acceso a internet, o sea, solamente unas 35 viviendas en todo el municipio.<sup>35</sup>

Ahora bien, los datos de marginación antes citados se recogieron en 2015, antes de presentarse una caída dramática en el valor de la goma de opio, que asoló la región en 2018. Para mediados de este año, su precio había alcanzado un precio histórico de 8,000 pesos por kilo, representando una disminución de más del 50% en un solo año. Sumado al costo de la mano de obra, de la comida –que había dejado de cultivarse para dedicarse al opio–, el riesgo de muerte o encarcelamiento, y los costos de producción –incluyendo un creciente gasto en fertilizantes, pesticidas y riego–, está claro que, con este desplome en los precios de la goma, repentinamente para muchos náayarite el cultivo de la amapola dejó de resultar atractivo como estrategia de subsistencia.

La crisis de la amapola en México ilustra de manera clara la complejidad y contradicción inherentes a la relación entre este pueblo indígena y la producción del opio. La

---

<sup>35</sup> DataMéxico (s.f.). *Del Nayar*: <https://datamexico.org/es/profile/geo/18009> (datos para 2015)

caída del precio de la goma ha provocado un incremento en el número de náayarite que salen de sus hogares con rumbo a las ciudades cercanas o a los campos de la costa de Nayarit en busca de trabajo asalariado. Así, se han convertido en trabajadores explotados, que enfrentan los peligros y los abusos del mundo de la agricultura comercial intensiva. Además, esta migración laboral mina su capacidad de reproducir una cultura que gira en torno a la práctica de rituales, peregrinajes y sacrificios estrechamente relacionados con el mismo paisaje en que han vivido durante siglos.

Otros náayarite, que habían tenido contactos con las organizaciones criminales a través de sus actividades como cultivadores independientes de amapola, han sido contratados para trabajar como peones en los cultivos de amapola en las sierras del Triangulo Dorado de Sinaloa, Durango y Chihuahua. Trabajando por salarios de subsistencia de 150 a 200 pesos diarios, familias enteras de hombres, mujeres y niños viven en condiciones insalubres, en campamentos temporales cercanos a los campos de amapola con riesgo de contraer enfermedades y expuestos a abusos violentos. Llevados lejos de su tierra natal e integrados más fuertemente que nunca en la economía ilícita de la droga, estos trabajadores –quizás aún más que los migrantes de la costa– se van desconectando cada vez más de las prácticas rituales que estructuran la vida política y social náayari, lo que probablemente empeorará los procesos locales de descomposición social y conllevará a un incremento en la violencia interpersonal.

Sin embargo, otras familias náayari han respondido de manera contraria a la crisis de amapola y la falta de dinero. Están alejándose de las cabeceras comunales y de las tiendas, los caciques, la gente mestiza y el estilo de vida más “moderno” que allí se concentra, para intentar vivir de la siembra del maíz, el frijol y la calabaza, junto con la caza y la recolección

en lo más intrincado de la Sierra. Si sus antepasados pudieron sobrevivir así, casi sin dinero, pero aprovechando todos los nichos ecológicos que les ofrece su tierra montañosa, piensan que ellos también podrán. A la vez esperan escapar de las violencias cotidianas –las riñas, los abusos de las fuerzas de seguridad, los secuestros llevados a cabo por gente armada, los peligros del consumo de “cristal”– que han crecido en los últimos años, hacen la vida en la Sierra aún más difícil y, para muchos, parecen haber llevado *el costumbre* a la perdición. Así, algunos náayarite perciben la desintegración del mercado de la goma como un parteaguas que distinguiría una época de relativa bonanza acompañada por una degradación moral y espiritual, y un regreso al estado tradicional de las cosas, cuando la gente andaba “pobre pero feliz”, lejos del alcance no solamente de los maestros, los comerciantes, los soldados y los delincuentes, pero de la cultura “mexicana” y la gente mestiza en general.

## **Conclusiones**

Por un lado, el cultivo de amapola ha ayudado a muchos náayarite a aferrarse a su anhelada autonomía política, cultural y territorial. Les ha permitido enfrentar las presiones ejercidas sobre ellos por las fuerzas del Estado-nación mexicano y la economía capitalista, además de que ha dado continuidad a sus formas de vida tradicionales como campesinos y rancheros en la Sierra. Por otro lado, la llegada de la goma ha incrementado la violencia y otros problemas sociales, que tienen sus raíces en la época posrevolucionaria, pero que afectan cada vez más a los náayarite en la actualidad. Asimismo, el opio ha contribuido a debilitar la práctica cotidiana de *el costumbre* junto con sus significados y valores, lo cual amenaza con desintegrar a comunidades y regiones enteras. En los últimos años, la dramática caída del precio del opio en México solo ha agravado estos problemas.

¿Qué depara el futuro? Quizás la crisis global acelerada por la pandemia del COVID-19 conduzca a un nuevo incremento en la demanda de amapola y heroína, y traiga dinero de regreso a los bolsillos de los náayari, para ayudarles otra vez a amortiguar las crecientes amenazas de su entorno. O, más bien, frente a la ausencia de fuentes alternativas de ingresos, quizás más náayari regresen a estilos de vida “tradicionales” basados en la agricultura de subsistencia. Solo una cosa es segura: al igual que han resistido los esfuerzos de conquistadores, misioneros, revolucionarios, ejércitos y criminales para dominarlos a lo largo de su historia, los náayarite seguirán luchando por su derecho a controlar su tierra natal, su *costumbre* y su identidad étnica y cultural como pueblo, sin importar las adversidades que se acumulen en su contra.

#### **Fuentes Documentales:**

Archivo General de la Nación (AGN):

Fondos Presidentes; Secretaría de Educación Pública (SEP); Secretaría de la Defensa Nacional (SDN); Procuraduría General de la República (PGR)

Archivo General Agraria (AGA)

Fondo Comunal, Restituciones de Bienes Comunales

#### **Fuentes Periodísticas:**

*El Diario de México*

*El Nacional*

*Excélsior*

*La Prensa*

*Notinay*

*Sol de Medio Día*

*Sol de Nayarit*

#### **Fuentes Bibliográficas:**

- Astorga L. (2001). *Drogas sin fronteras. Los expedientes de una guerra permanente*. México: Grijalbo.
- Benítez, F. (1971). *Los indios de México, III: los coras y mazatecos*. México: Ediciones Era.
- Bradford J. (2019). *Poppies, Politics, and Power: Afghanistan and the Global History of Drugs and Diplomacy*. Ithaca: Cornell University Press.
- Brittain J. (2010). *Revolutionary Social Change in Colombia: The Origin and Direction of the FARC-EP*. London, New York: Pluto Press.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (2016). Datos abiertos de los índices de marginación.
- Coyle P. (2001). *From Flowers to Ash: Náyari History, Politics, and Violence*. Tucson: University of Arizona Press.
- Craig, R. (1978). "La Campana Permanente: Mexico's Antidrug Campaign." *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 20 (2): 107–31
- Fernández Velázquez, J. y Smith, B. T. (2022). "A History of Opium Commodity Chains in Mexico, 1900-1950." *JIED*, Número especial: Dimensiones transnacionales del comercio de drogas en América del norte y América Central.
- Frissard P. (2021). "The Reddest Flower in the Field. How Does the Opium Poppy fit in the Mexican Agricultural Scene?" *Opium Proyect, NORIA Research/MUCD*.
- Gerhard, P. (1996). *La Frontera Norte de la Nueva España*. Mexico City: UNAM
- Gledhill J. (2019). *The New War on the Poor: The Production of Insecurity in Latin America*. London: Zed Books.
- Gómez L. (1987). "Huicot: antecedents misionales". *Estudios de Historia Novohispana*, 9 (009): 133.
- González Ramos G. (1972). *Los Coras*. México: INI.

- Gootenberg P. y Dávalos L. (eds.) (2018). *The Origins of Cocaine: Colonization and Failed Development in the Amazon Andes*. London: Routledge.
- Greenberg JB., Browning-Aiken A., Alexander WL. y Weaver T. (eds.) (2012). *Neoliberalism and Commodity Production in Mexico*. Boulder: University Press of Colorado.
- Grisaffi T. y Coca Y. (2019). *Cocaine No: How Bolivia's Coca Growers Reshaped Democracy*. Durham: Duke University Press.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (2020). *Censo Población y Vivienda de los Estados Unidos Mexicanos*.
- \_\_\_ *Defunciones por homicidios (2017-2018)*.
- Jaramillo J., Yuñez A. y Serrano V. (2015). "Spatial Integration of Mexico-U.S. Grain Markets." *EconoQuantum*, 12 (1): 57-70.
- Jáuregui J. (2004). *Los Coras*. México: CDI.
- Jáuregui, J. y Neurath, J. (coords.) (2003). *Flechadores de estrellas: Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*. México: INAH-Universidad de Guadalajara
- Kamstra J. (1974). *Weed: Diary of a Dope Smuggler*. New York: Harper & Row.
- Knight A. (1986). *The Mexican Revolution, 1910-1920*. Cambridge University Press.
- Le Cour R., Morris N. y Smith B.T. (2019). "The Last Harvest? From the US Fentanyl Boom to the Mexican Opium Crisis." *Journal of Illicit Economies and Development*, 1 (3): 312–329.
- Maldonado Aranda S. (2010). *Los márgenes del Estado mexicano. Territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán*. COLMICH.
- \_\_\_ (2013). "Stories of Drug Trafficking in Rural Mexico." *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 94: 43-66.

- McDonald J. (2005). “The Narcoeconomy and Small-town, Rural Mexico.” *Human Organization*, 64 (2): 115-125.
- México Unido Contra la Delincuencia (MUCD) (2019). *Atlas de Homicidios 2018*.
- Meyer J. (1989). “Historia del reparto agrario en Nayarit 1915-1934”. *Revista Mexicana de Sociología*, 51 (2): 243.
- \_\_\_ (1990). *De Cantón de Tepic a Estado de Nayarit, 1810-1940*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Morris N. (2018). “¿“Forjando Patria”? Indigenismo, agrarismo, y el ocaso de los vínculos intercomunales coras en la Sierra del Nayar.” *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad*, 39 (156): 13-48.
- \_\_\_ (2020a). “Serrano Communities and Subaltern Negotiation Strategies: the Local Politics of Opium Production in Mexico, 1940 to the Present.” *Social History of Drugs and Alcohol*, 34 (1): 48-81.
- \_\_\_ (2020b). *Soldiers, Saints, and Shamans. Indigenous Communities and the Revolutionary State in Mexico’s Gran Nayar, 1910–1940*. Tucson: University of Arizona Press.
- Otis, G. (2003). ‘Clasificación y aprovechamiento del paisaje entre los coras.’ En Jáuregui, J. y Neurath, J. (coords.) *Flechadores de estrellas: Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*. México: INAH-Universidad de Guadalajara. 133-42
- Preuss, K. (1998) [1912]. *Fiesta, magia y literatura en el Nayarit*. Coords. Jáuregui, J. y Neurath, J. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Reina L. (1988). *Las rebeliones campesinas en México, 1819-1906*. México: Siglo XXI.
- Scott J.C. (2009). *The Art of Not Being Governed*. Yale University Press.
- Smith B.T. (2013). “The Rise and Fall of Narcopopulism: Drugs, Politics, and Society in Sinaloa, 1930–1980.” *Journal for the Study of Radicalism*, 7 (2): 125-165.

- Teague, A. (2019). "Mexico's Dirty War on Drugs: Source Control and Dissidence in Drug Enforcement." *The Social History of Alcohol and Drugs* 33 (1): 77-8
- Valdovinos Alba M. (2005). "Los mitotes y sus cantos: las transformaciones de las prácticas culturales y de la lengua en dos comunidades coras." *Dimensión Antropológica*, 34: 67-86
- Valdovinos Alba M. (2009). "Acciones e interacciones en el sistema normativo cora." En N. P. Alvarado Solís (ed.). *Sistemas normativos indígenas huichol, cora, tepehuano y mexicano*. México: CDI